

La escritura errante

Y sé que me levantaré y haré aún las cosas. Pero la grieta existe, evidente.

Cesare Pavese

Tal como lo expresa su autor en el prólogo de estos doce cuentos, la escritura es quizá lo único que nos salva del olvido que es la muerte. Precisamente, una reflexión sobre la propia muerte y una toma de conciencia de su identidad es el origen de este libro, según lo revela García Márquez: «La primera idea se me ocurrió a principios de la década de los setenta, a propósito de un sueño esclarecedor que tuve después de cinco años de vivir en Barcelona. Soñé que asistía a mi propio entierro, a pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con el ánimo de una fiesta»¹ —los amigos, por supuesto, eran latinoamericanos—. Y aquel sueño, al parecer se constituyó en el hilo conductor de *Doce cuentos peregrinos*.

Al referir la historia de estos cuentos que han luchado por sobrevivir casi veinte años, el autor no hace otra cosa que ponernos de frente los secretos de la escritura; los cotidianos riesgos que corren quienes dedican su vida a la «búsqueda de la inmortalidad»: el angustioso deseo de todo escritor por permanecer en la memoria de los otros; y en su caso, la necesidad de mantener vivo el afecto de sus amigos aún después de su muerte; pero también, hay que decirlo, el privilegiado manejo del tiempo que puede disfrutar un escritor exitoso.

Memoria voluntaria versus memoria involuntaria

Una de las cosas que llama la atención en la historia de estos cuentos es que García Márquez haya tenido que hacer tal ejercicio de memoria para rescatarlos. Es claro que no sintió lo mismo que Proust al saborear la magdalena con el té, pues para aquél era una cuestión de honor recordar los setenta y cuatro temas perdidos y reconstruir las notas de los que llegaron a ser treinta cuentos y que por una tarea de selección se redujeron a dieciocho. En esa forma sus experiencias, sus recuerdos, sus sueños, sus obsesiones o sus demonios, para decirlo en el estilo de Vargas Llosa, se convierten en proyecto de cuentos. Es interesante constatar lo demasiado humana que puede ser una tarea que antes se consideraba propia de seres que se acercaban a los dioses, pues hasta hace muy poco se pensaba que sólo aquellos que tenían el privilegio de la inspiración divina podían alcanzar la inmortalidad. Memoria voluntaria o no, inspiración divina o simple ejercicio de reflexión y carpintería pura, lo cierto es que producir significados, imprimir sentido y hacer un mundo de esa materia viva que constituyen los recuerdos, las experiencias vividas, soñadas o deseadas, no es una tarea fácil para nadie, ni siquiera para aquellos que tienen garantizado el éxito.

García Márquez, lleno de dudas, insiste en ese tema de la memoria. Aún después de realizar una ardua tarea de corrección, caza de «redundancias» y «mortales contradicciones», entre otras cosas, no da por concluido su trabajo porque teme que sus recuerdos no hayan sido fieles. En un intento por desandar el camino vivido emprende un viaje por Ginebra, Barcelona, Roma y París, escenarios de sus cuentos, y descubre que esos recuerdos «reales» eran falsos, mientras los «falsos» eran ciertamente convincentes, es decir que la ficción había superado a la realidad; que el mundo de sus cuentos era ya mucho más real que aquel que estuvo a punto de naufragar en el olvido.

¹ Gabriel García Márquez, *Doce cuentos peregrinos*, Madrid, Mondadori, 1992, pág. 13.

Oficio de escribir

Al plantear el asunto de la escritura, García Márquez nos muestra de forma sencilla que una experiencia vital como su condición —y, por supuesto, la de muchos de sus conocidos— de latinoamericano en Europa le sugirió más de sesenta y cuatro temas y, a la vez, se constituyó en el hilo conductor de las historias. Pero, como ocurre a menudo, casi nunca podemos encontrar la medida exacta de los sueños y esa búsqueda afanosa de la forma, del tono, de la magia y de los secretos de la inmortalidad, llega a ser tortuosa, cuando no absurda. Nadie ha descrito mejor que Pavese el difícil oficio de escribir: «La creación nace de la innumerable repetición de un acto, que a fuerza de "routine" se vuelve fastidioso. Después viene un período de extravío, de tedio. Entonces el acto olvidado por su trivialidad resucita como milagro, como revelación, y ahí tenemos el impulso creador»². La materia que constituye el tejido literario es a veces un fluido que entra y sale de la memoria caprichosamente, que pide espacio o que no se acomoda a ningún tiempo ni a ningún lugar y el escritor, por más oficio que tenga, es víctima de esos caprichos.

Desilusión y nostalgia es lo que dice sentir García Márquez cuando se da cuenta de que sus recuerdos reales eran como fantasmas de la memoria, pero también descubre que para llegar a ser lo que son ahora, estos cuentos necesitaban una perspectiva en el tiempo. Así, a aquellas materias que primero fueron un sueño, luego hechos periodísticos y después sesenta y cuatro anotaciones «con sus pormenores listos para ser escritos», el autor les impuso diferentes tareas. Fueron notas de prensa «La santa» que se llamó «La larga vida feliz de Margarito Duarte», «Me alquilo para soñar», «Espantos de agosto» que se tituló «Cuento de horror para la nochevieja», «Sólo vine a hablar por teléfono» que se denominó «María de mi corazón» —también fue película—, «Tramontana» que se tituló «Tramontana mortal», «El verano feliz de la señora Forbes» se publicó antes en una editorial pirata de Bogotá, como su nombre lo indica (William Danpier), luego fue guión cinematográfico.

De tanto ir y venir al cajón de la basura, de cambiar de género y de medio de difusión y de pelear contra las perversidades de la incertidumbre, los cuentos acaba-

ron por encontrar no sólo un espacio en el ánimo del escritor sino un lugar, esperemos que definitivo, en su universo narrativo.

El oficio de escribir no es fácil, a pesar de que en algún momento de la escritura se experimenta un placer íntimo y solitario. Quien escribe intuye que lo avasalla la fuerza de un mundo todavía inconsistente cuya fundación o desaparición dependen sólo de él. Ese mundo, como he dicho, es también una materia misteriosamente viva que forma parte de las cosas que lo rodean y, a la vez, es su propia sustancia, por eso no es tan sencillo despojarse de él sin remordimientos. En el caso del cuento dice García Márquez: «El esfuerzo de escribir un cuento corto es tan intenso como escribir una novela» y es cierto. Un cuento o funciona o no funciona y siempre hay que darle todo el tiempo que pide o, cuando no hay más remedio, asumir su pérdida. También puede ocurrir que los cuentos no se olviden del escritor e insistan en instalarse en su interior hasta llegar a crearle problemas de conciencia, como dice García Márquez que le ocurrió con sus *Doce cuentos peregrinos*.

Oficio de vivir

Después de desandar lo vivido por diferentes ciudades europeas, el autor, nos cuenta, se vio obligado a reescribir sus textos desde el principio y esa tarea le llevó ocho meses en los que: «No necesité preguntarme dónde terminaba la vida y dónde empezaba la imaginación, porque me ayudaba la sospecha de que quizá no fuera cierto nada de lo vivido en Europa veinte años atrás»³.

Ejemplo afortunado de cómo literatura y vida se confunden, hasta no poder diferenciarse un tejido del otro, es la revelación que tiene el autor en aquel sueño en que él asiste a su entierro. Rodeado de sus amigos, quienes en tono festivo celebran su funeral, el escritor descubre que «morir es no volver a ver a los amigos». Es claro que esa imagen constata una vez más la obsesión por la muerte que se aprecia en casi todos estos cuentos y, en general, en su obra. Como si de una premonición

² Pavese, C. Oficio de vivir, oficio de poeta, Barcelona, Brujuna-Alfaguara, 1979, pág. 209.

³ Gabriel García Márquez, Op. cit., pág. 18.

se tratara, en ese sueño se lee su destino de escritor. El hecho de que todos se vayan y él sea el único que deba quedarse, a pesar de sí mismo, es una manera de mostrar que no pocas veces un escritor quiere librarse del vicio de escribir, pero que eso es casi imposible. Es muy probable que entre la finalización de un libro y el comienzo del otro se vea obligado a hacer frente al vacío escribiendo notas para los periódicos y «calentando su brazo», como lo hace la mayoría: Gide escribía cartas y estudiaba el piano, Pavese hacía estudios y traducciones del inglés o componía lo que llamaba «cuentecillos». Otros, en cambio, tenían poco tiempo para su obra porque debían luchar primero por sobrevivir: Joyce dando clases de idiomas, Eliot trabajando como empleado de banco. Pero no todos pudieron disponer del tiempo de espera que requieren algunas obras, ese instante misterioso que no obedece a ninguna ley lógica sino que depende de «la magia de los instintos».

En el sueño, los amigos pueden darse el lujo de marcharse, pero el escritor parece estar encadenado a la tarea de reorganizar en el recuerdo lo vivido por él y por los otros. Esa es su manera de luchar contra el olvido. Asimismo toma conciencia de que su experiencia es semejante a la de muchos latinoamericanos en circunstancias parecidas a las suyas y que contar su historia es un compromiso al que no puede volverle la espalda.

Terror de morir

La obsesión por la muerte, como lo han explicado con suficiente solvencia muchos críticos, es una constante en la obra de García Márquez. Lo interesante es ver cómo este motivo permite conectar el sueño y las experiencias vitales, las obsesiones y la obra a un universo narrativo —lógicamente el de García Márquez— y, algunas veces, a otros mundos y personajes literarios. «Me alquilo para soñar» es un homenaje a Neruda mientras que «Adiós señor presidente» alude a la amistad del ex presidente con Aimé Césaire; en «El avión de la bella durmiente» se citan versos de Eliseo Diego y en «Espantos de agosto» se alude a la amistad con el escritor Miguel Otero Silva. Con esta manera de trabajar, García Márquez, afirma Darío Jaramillo, refiriéndose al prólo-

go, «legítima el juego de los vasos comunicantes para lectores minuciosos»⁴.

Este tema de la muerte que parece inagotable, en estos cuentos se mira desde diferentes ángulos. Al leerlos tampoco podemos dejar de pensar en otros personajes suyos. En «Buen viaje, señor presidente» el viejo ex gobernante antillano, exiliado en Ginebra —perfectamente podría ser el coronel Aureliano Buendía— dice, sin estar muy convencido: «La mayor victoria de mi vida ha sido lograr que me olviden» y más adelante: «Todo indica que moriré pronto». El cuento no hace otra cosa que reforzar la angustia que se siente frente a la muerte y la preocupación por la suerte que ha de correr el cadáver. Pero hay también en el personaje un placer morboso al anticiparse a la muerte, ultimando los detalles de su funeral —pensemos en Úrsula tejiendo su mortaja—. El exilio ya es una manera de morir: se renuncia a las raíces, al origen y a vivir en la memoria de los conocidos, familiares, amigos y enemigos. Para mayor tormento o placer del protagonista esa muerte no llega, a pesar de tener todo preparado. Lo que sí aprende el ex presidente en Ginebra, después de pasar años de penuria y soledad, es que él merece un destino más glorioso que morir de viejo en una cama. En cambio en «María dos prazeres» la protagonista, una prostituta brasileña instalada en Barcelona se deja llevar por lo que cree la revelación de la muerte. La mujer prepara con suficiente anticipación su funeral y va tan lejos en esa tarea que entrena a su perro para que vaya todos los domingos a llorar sobre la que será su tumba. Un día, un aguacero torrencial la sorprende en la calle y lo cree todo perdido. Entonces baja, como de una carroza, un príncipe que vuelve a hacer palpitar su corazón de mujer hecho más para los placeres que para la muerte.

Temas, obsesiones, experiencias vividas, el propio universo narrativo y el de los otros mundos literarios, lo he dicho antes, también se entremezclan en algunos textos. En «Espantos de agosto», que ocurre en un castillo que ha comprado Otero Silva en Italia, la vida de un caballero que tres siglos atrás fue víctima de una muerte espantosa, es motivo de inquietud para el narrador. El fantasma de Ludovico, que en un instante de locura

⁴ Jaramillo, Darío, «Una docena de levitaciones», *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, Bogotá, 16 de agosto de 1992.